

LOUIS MENAD: UNA NOTA SOBRE LA HISTORIA DE LAS IDEAS EN
AMÉRICA¹
Antonio Lastra

Uno de los errores de apreciación más groseros que se haya cometido nunca consiste menos en una falta de juicio o de sentido común que en una actitud supuestamente moral; al despreciar, sin embargo, lo que Max Lerner llamó “la civilización americana”, buena parte de la intelectualidad europea se ha encontrado sin las referencias más precisas del sentido moderno de la democracia. Ese error de apreciación o desprecio es muy antiguo y casi podría decirse que tiene su propia historia: fue el error de Burke, de Tocqueville, de lord Acton o de Weber cuando trataron de comparar los procesos políticos americanos —los derechos del hombre, el reinado de Jackson, la guerra civil o la era progresista— con los acontecimientos decisivos de los que fueron testigos o intérpretes (la Revolución francesa, las revoluciones de 1848, el auge del liberalismo o el desmoronamiento de los imperios centroeuropeos), un error de apreciación que, a pesar de sus consecuencias reaccionarias, es preferible al desprecio por el “americanismo” que filósofos tan influyentes como Heidegger o, recientemente, Peter Sloterdijk, han manifestado y que se apoya todavía en el prestigio de dudosas formas del conocimiento. El libro de Louis Menand podría ser leído, al menos, para corregir ese error, aunque no evite el desprecio; por mucho que se lean los capítulos finales, generosamente diversos con la sola idea de un pensamiento único, a los epígonos de la *Kultur* o del *État* les seguirá pareciendo americano, demasiado americano.

El club de los metafísicos es, desde luego, un libro americano, pero no creo que lo sea demasiado. En realidad, las palabras más sinceras del autor, y las que revelan la vitalidad de su método, son aquéllas con las que termina su exposición: “He aprendido muchísimo sobre América escribiendo este libro y la mayor bondad que ha tenido la gente con la que estoy en deuda ha sido la de no decir lo que sé que es verdad, que ni siquiera he empezado a hacerle justicia a las personas y los acontecimientos a los que he tratado de dar vida en estas páginas” (p. 447). El valor de lectura de este libro dependerá, por tanto, de su correspondencia con la escritura: leer este libro habría de servir para aprender, en una medida difícil de cuantificar, cuál es el significado de América. Establecer el significado de una civilización no es algo sencillo; a diferencia de cualquiera de las disciplinas arqueológicas a las que se ha confiado la cultura casi desde su fundación, América no se ha erigido nunca como *penetralia* de la literatura. La Declaración de Independencia y la Constitución de los Estados Unidos (que Menand, de un modo que no debería pasar inadvertido a ningún lector, distingue y prácticamente opone) son, en mi opinión, los documentos primordiales del modo de vivir contemporáneo. Podríamos señalar —arqueológica o

¹ A propósito de LOUIS MENAND, *El club de los metafísicos. Historia de las ideas en América*, traducción de A. Bonnano, Destino, Barcelona, 2002.

estructuralmente— todos los estratos o contextos de ambos documentos que la voluntad de saber quisiera, pero el futuro siempre prevalecerá en nuestro estudio sobre el pasado.

Ésa es, seguramente, la primera lección del significado de América. Que el futuro prevalezca sobre el pasado es la condición de posibilidad de la democracia, pero que esta condición sea normal o excepcional es el dilema que el significado de América ofrece a una inteligencia imparcial. Menand, como otros autores (el jurista Bruce Ackerman, por ejemplo, que considera la experiencia constitucional americana un caso especial en lugar de paradigmático, o el antropólogo Ernst Gellner, que dudaba del carácter universalmente inteligible de las “verdades evidentes por sí mismas”), cree que, en efecto, las condiciones de la democracia americana son excepcionales y tal vez por esa razón no esté seguro de haber hecho justicia a los protagonistas de su relato. Que Oliver Wendell Holmes, William James, Charles Sanders Peirce o John Dewey (y la serie de personajes “secundarios” que aparecen y desaparecen dejando una impresión imborrable) fueran seres extraordinarios sería difícil de negar y seguramente ingrato; que los rasgos de excepción de su carácter sean más acusados que los rasgos por los cuales podríamos reconocer en ellos a los hombres representativos de nuestro tiempo es algo que yo estaría dispuesto a afirmar y a defender, precisamente porque estos últimos rasgos pondrían de relieve —por encima de las anécdotas biográficas en las que abunda el libro—, más que una faceta particular de su carácter, el carácter mismo de su personalidad en el sentido que Emerson le daba al término carácter, entendido como “encloser”. De acuerdo con esta acepción, ningún cambio de circunstancias, ya fuera favorable o desfavorable, podría reparar un defecto de carácter. Habría que continuar, entonces, el pensamiento emersoniano: Wendell Holmes, James, Peirce o Dewey serían, en sí mismos, una garantía de que “con tales personas, en la democrática América, la naturaleza no será democratizada” o de que el mito de la singularidad conserva su validez como argumento historiográfico: algo en esos autores seguirá siendo insondable y nos impedirá conocerlos mejor de lo se conocieron a sí mismos.

Pero hacer justicia exige algo más que la sospecha de que las condiciones de la democracia en América sean irrepetibles; exige, sobre todo, la confianza en que, sea cual sea el significado de una civilización, ese significado será comprensible en el futuro y, en la medida en que Europa y el resto del mundo aspiran a tener futuro, exige que el significado de América sea comprensible en el presente. Menand, sin embargo, ha obrado al revés. Su interés por los “pragmatismos” (una diseminación innecesaria del término original) es, en cierto modo, parcial, o es el interés propio de un universitario profesional, pero un universitario profesional no se corresponde, ni siquiera como tipo, con el *american scholar* emersoniano con el que, seguramente, sus protagonistas acabarán identificándose en la imaginación de los lectores, siempre que la imaginación de los lectores no sea sometida a la violación de fronteras que consiste en reducir las fronteras: cuanto más reducidos sean los territorios encerrados entre fronteras, más difíciles serán de traspasar. El universitario profesional vive en esos departamentos; no es, como el *american scholar*, un

“encloser”, ni logra abarcar tantas variedades de la experiencia. En este sentido, Menand se parece a Richard Rorty; pero nadie diría de Rorty o de Menand que han emulado, ni siquiera en su preocupación por el futuro de las humanidades, la tradición de inconformismo o disidencia que las singularidades míticas, de Emerson a Dewey, han registrado en la historia de las ideas en América. El trato dado a Emerson es, de hecho, uno de los aspectos más injustos del libro de Menand, equiparable a la mención de Thoreau en una sola nota o al hecho de que Henry Adams no sea uno de los miembros del “club”. Al referirme a estos autores no expreso sólo una preferencia, sino que trato de señalar el defecto principal de este libro, un defecto que podría ser entendido como una preferencia del autor.

Que las preferencias del escritor no coincidan con las preferencias del lector es algo que cabría esperar y que el escritor prefiera tratar determinados temas o autores y omitir otros es algo legítimo; pero una obra de “interpretación histórica” (p. 14) debe ser escrupulosa en la discriminación de sus fuentes si quiere seguir siendo histórica. Menand afirma que su libro no es una “discusión filosófica” (*idem*), pero sería extraño que un libro cuyos protagonistas han hecho del pensamiento su ocupación principal careciera de intenciones trascendentales. Una de esas intenciones es la de superar el escepticismo o, al menos, localizarlo y describirlo en la historia de las ideas en América. El escepticismo sería, entonces, el equivalente filosófico de la guerra. La guerra aparece al principio y al final de este libro y la actitud ante la guerra —desde la posición ambiguamente marcial de Wendell Holmes al pacifismo de Dewey— es el reflejo de las consideraciones sobre la posibilidad del conocimiento y la comunicación. Que todas las “libertades” que Menand especifica en uno de los capítulos más brillantes de su exposición puedan resumirse en la libertad de expresión a la que dedica, en mi opinión, las mejores páginas que ha escrito es un índice de que nos encontramos ante un libro tan extenso como incompleto. Como lector, debo reconocer que habría querido que la historia que narra, cuyo principio sigue estando tan cerca de nosotros que apenas hemos empezado a escribir sobre sus textos fundamentales, fuera interminable. Como “aspirante a *american scholar*” sólo querría transmitir el deseo de que el significado de América contribuya a la verdadera libertad de expresión.